

que están en «Escuelas Católicas» no siempre comparten el exigente proyecto educativo que estas escuelas deben tener y es lógico esperar de ellas. Está claro que una escuela será católica no porque lo diga su nombre, sino porque en la práctica lo es: esta evidente constatación parece asumida, al menos teóricamente, por todo el mundo.

De una forma u otra esta problemática —y muchos otros puntos— aparecen en estas Actas. Y, como suele suceder cuando se publican Actas de reuniones y congresos, son un tanto heterogéneas. A mi parecer, las ponencias más interesantes son la primera y las dos últimas, aunque todo el libro ayuda a situarse en esta temática, de tanta trascendencia para todo el proceso de evangelización, pues no hay duda que la escuela juega —y deberá jugar— un papel de primer orden para la nueva evangelización a la que todos los cristianos están convocados.

J. Pujol

Rafael NAVARRETE, *Para que tu matrimonio dure*, ed. San Pablo, Madrid 1995, 207 pp., 12,5 x 20

El autor, sacerdote que trabaja en la pastoral familiar, nos ofrece en este breve volumen una serie de reflexiones sobre el matrimonio, a la luz de su experiencia acumulada en la pastoral familiar.

El contenido del libro es una antropología práctica de la vida matrimonial, desarrollada con conocimiento de la psicología humana y un elemental sentido común. Afronta las condiciones y disposiciones recíprocas del hombre y la mujer en orden a la felicidad matrimonial, y así encarar la solución de los conflictos o desencuentros que pueden producirse.

El autor facilita la lectura de sus páginas con un estilo ameno que atrae al lector desde las primeras líneas. No faltan descripciones de situaciones habituales, o

alusión a experiencias prácticas. Un tono esperanzado y optimista impregna las soluciones de los problemas, partiendo desde el realismo de las dificultades. Un presupuesto de sus consideraciones estriba en que en el matrimonio hombre y mujer han de poseer una madurez humana básica, que les permita superar impulsos irracionales y les afiance en el deseo de avanzar en común. El amor, ante todo, ha de ser un salir de uno mismo y de los egoísmos para comprender al otro, y realizar juntos un proyecto común de amor y entrega. En este sentido, la comunicación mutua se revela como una exigencia de la madurez humana, en orden a formar una nueva y real unidad de dos.

Las alusiones a la dimensión cristiana del amor no faltan. Con todo, es un libro que se dirige a todos aquellos que deseen comprender y vivir de qué se trata en este asunto del matrimonio, como realidad humana y presupuesto de la fe («gratia supponit naturam»). Algunos temas: periodos iniciales o noviazgo; el matrimonio como proceso; los conflictos en el matrimonio; el diálogo; el hombre y la mujer en relación; triunfo y fracaso del matrimonio; el amor; casarse en el Señor, etc.

El libro se inscribe en la colección «Proyecto Familia» de la editorial San Pablo. Un material interesante para la deseada atención pastoral de los matrimonios y familias en los momentos actuales. Una pequeña sugerencia formal: quizá podrían aparecer los volúmenes ya editados hasta la fecha en alguna zona del libro o en solapa.

J. R. Villar

AA. VV., *Cuidados del enfermo en fase terminal y atención a su familia*, Ediciones Universidad de Navarra, S. A., Barañáin 1995, 426 pp., 17 x 24

Puede sorprender que en una revista teológica se reseñe un libro que por

su título parece puramente técnico: Cuidados del enfermo en fase terminal y atención a su familia. Pues bien, siendo efectivamente un libro técnico-médico —escrito por médicos y para que las personas del mundo sanitario sean capaces de atender correctamente a los enfermos llamados terminales (un eufemismo para referirse a los moribundos, que se ha impuesto en la literatura médica y también en la pastoral), la obra tiene unos presupuestos antropológicos tan marcados que la hacen merecedora de espacio en esta revista.

Es la primera obra escrita en castellano que trata con rigor científico de los cuidados paliativos. Se refiere ampliamente a cómo combatir el dolor o controlar los síntomas en enfermos terminales, con cáncer, sida, o cualquier otra patología. Sin embargo cuando se refieren al tramo final de la vida, los autores tienen muy presente la dimensión trascendente de la persona humana. Y lo hacen con rigor y corrección.

Así, por ejemplo, el capítulo 6, al abordar las necesidades de los pacientes en fase terminal, alude —junto a las evidentes necesidades biológicas, psicológicas y sociales— a la búsqueda de un sentido de la vida y a las necesidades espirituales que afloran o se intensifican en esos momentos: «El paciente tiene derecho a esperar que sus creencias espirituales sean respetadas y escuchadas con atención. Si hay respeto y confianza mutuas y el ambiente es apropiado, el paciente comparte generalmente sus experiencias y anhelos espirituales, lo que genera un notable bienestar. Nuestro deber como equipo de apoyo es facilitarle, si así lo desea, la participación en las actividades religiosas, privadas o comunitarias, y darle la necesaria intimidad y el oportuno acceso a los consejeros espirituales» (p. 72).

De este modo, se recuerda a los profesionales de la salud que la preocupación por los aspectos espirituales del enfermo no es tarea exclusiva del capellán del cen-

tro sanitario, sino que —en grados diversos— corresponde a todos los que forman parte del equipo sanitario.

Pero es sobre todo el capítulo 25 (El sufrimiento en los enfermos terminales) donde aborda con más amplitud esta cuestión. Llama la atención, y alegra sobremanera, encontrar un texto como éste: «La enfermedad terminal, por la proximidad de la muerte, determina, tanto en los creyentes como en los no creyentes, un proceso de interiorización y de reencuentro en la soledad del espíritu... En este estado es frecuente que nos preguntemos: ¿Cuál es el significado de la vida? ¿Qué es el hombre? ¿Existe Dios? ¿Cuida Dios de nosotros, nos escucha y comprende? ¿Por qué sufro? ¿Existe algún motivo para el sufrimiento y la enfermedad? ¿Es ésta inevitable? ¿Qué pasa después de esta vida? ¿Ha valido la pena vivir?» (pp. 267-68).

Son notables igualmente las reflexiones acerca del sentido del sufrimiento. Tras poner de manifiesto su carácter de misterio, se dan algunas pautas para valorarlo y sobre todo para saber responder adecuadamente a las inquietudes espirituales de los enfermos. Así, en unos casos, se aconsejan técnicas de relajación y en otros, sorprendente pero gratamente, el recurso a la oración.

Estamos, pues, ante una obra técnico-médica en la que por tratarse de un tema comprometido (la vida que termina), sus autores no ocultan su condición de creyentes y logran ofrecer una atinada síntesis de ciencia y fe que se agradece de veras.

M. A. Monge

CONSEJO PONTIFICO PARA LA PASTORAL DE LOS AGENTES SANITARIOS, *Carta de los Agentes de la Salud*, Editorial Palabra, Madrid 1995, 140 pp., 13 x 20

Con fecha 11 de febrero de 1985, el Papa Juan Pablo II instituyó, con la Car-